

LA INTEGRACIÓN DE GRECIA EN EL IMPERIO ROMANO (S. II D.C.)

ANTÍA FERNÁNDEZ MARTÍNEZ
Universidad Pablo de Olavide de Sevilla
antiafermar@gmail.com

BIOGRAFIA

Original de un pequeño y encantador pueblo de la costa pontevedresa, a los dieciocho años deja su Galicia natal para cursar el grado de Humanidades en la Universidad Pablo de Olavide de Sevilla. El enorme interés que despierta en su infancia la Grecia antigua se ha convertido en amor auténtico por la Grecia más actual y contemporánea, especialmente por su idioma y por su literatura. Actualmente cursa un Máster de Estudios literarios en la Universidad Complutense de Madrid.

RESUMEN

El propósito de este ensayo es llevar a cabo un estudio de los mecanismos políticos y culturales (lingüísticos, literarios, artísticos, etc.) a través de los cuales Grecia logra su completa integración en el Imperio romano (cultural y políticamente) y se convierte, para Roma, en un agente imprescindible para llevar a cabo su proyecto imperial. Así, analizaremos porque en el siglo II d. C cuajó este estrecho proyecto de colaboración que benefició tanto a las élites griegas como a las romanas.

Palabras clave: Grecia, integración, imperio grecorromano, romanización, helenización.

ABSTRACT

The purpose of this paper is to compose an analysis of the main political and cultural mechanisms (linguistic, literary, artistic, etc.) by which Greece managed to become a completely integrated part of the Roman empire (culturally and politically), and it became an essential agent in Roma's imperial project. We will also analyze why this close project of collaboration, which benefited both the Roman and Grecian elite, took place in the second century A.D.

Key words: Greece, integration, Greco-Roman empire, Romanization, Hellenization.

RECUPERACIÓN ECONÓMICA Y RENACIMIENTO CULTURAL: LA SEGUNDA SOFÍSTICA

Grecia fue definitivamente incorporada al imperio romano en el año 145 a.C. tras haber sido derrotada en Corinto¹. Pero, pese a la anexión, los conflictos entre Roma y Grecia se mantuvieron más allá de la legendaria batalla. Hasta la llegada de Augusto, Roma tuvo que hacer frente a la esperanza de libertad que hombres como Mitrídates o Antonio le ofrecían a la comunidad griega², a lo que hay que sumar una Grecia económicamente desbastada, no solo por los conflictos mitridáticos, sino también y principalmente por las Guerras Civiles, especialmente debido al hecho de que muchas de las batallas (tales como las de Farsalia, Filipos o Accio) se habían desarrollado en territorio griego. A la destrucción material de las ciudades o a las bajas de muertos en batalla, hay que sumarle el número de supervivientes que fueron enviados a Italia como esclavos³.

¹Gómez Espelosín, 2011: 222.

²Bowie, 1981: 228.

³Sartre, 1994: 226-227.

Habremos de esperar, por tanto, al siglo II d.C., momento en el que Grecia encontró la estabilidad tanto económica como políticamente, para vivir el verdadero momento de integración cultural y política, de redefinición de la relación de poderes entre Grecia y Roma de la mano del filohelenismo de emperadores como Adriano o Antonino Pío. En este siglo confluyen una serie de características que hacen florecer una etapa especialmente fructífera para la relación de ambos frentes como son la continuidad de las condiciones de paz bajo el dominio romano⁴ y la práctica evergética de hombres importantes del momento, tanto del lado griego como romano, tanto de sofistas y aristócratas como Herodes Ático⁵ como de emperadores como Adriano⁶.

Esta recuperación económica vino acompañada del renacer literario y cultural que tuvo su mayor expresión en la Segunda Sofística, movimiento compuesto por un nutrido grupo de sofistas (oradores profesionales, que desarrollaban el arte de la oratoria en diversos campos tales como la enseñanza, juicios, debates en la asamblea, representaciones de la ciudad, embajadas ante el emperador⁷ o simplemente como forma de entretenimiento), provenientes en la mayoría de los casos de las capas más pudientes de la sociedad de la parte griega⁸, o de directa influencia griega del imperio, tales como Herodes Ático, Elio Aristides o Luciano de Samosata⁹.

El sofista del siglo II era, por lo tanto, orador y en la mayoría de las ocasiones perteneciente a la aristocracia de la ciudad, lo que le colocaba en una situación referencial para su *polis*¹⁰, ya que como grandes oradores que eran se esperaba de ellos que se valieran de la oratoria en el caso de que esta fuera necesaria para la ciudad, tanto internamente, haciendo uso del margen de independencia política que el Imperio les permitía, como en relación con el resto de *poleis* del entorno (como veremos, el s. II fue un siglo de constantes rivalidades entre ciudades). También en el caso de que fuera necesario asumir la defensa de la ciudad, o en aquellas ocasiones en las que el sofista podía hacer valer el prestigio de su ciudad, especialmente en ocasiones ceremoniales (celebraciones de juegos, fiestas, competiciones..., es decir, *agones* de cualquier tipo), o en la despedida o bienvenida de autoridades importantes¹¹. Y, como miembros destacados que eran de la élite ciudadana, de ellos se esperaba la asunción de diferentes cargos públicos así como de liturgias de diferente tipo en beneficio de su *polis*, en una época histórica que había hecho de los cargos y liturgias económicas una obligación asociada tanto a la clase como a la riqueza¹².

La oratoria de los sofistas estaba, por lo tanto, muy unida a la labor política desarrollada

⁴Gascó, *Aristócratas*, 1996: 175.

⁵Filóstrato, *Vida de los sofistas*, II, 1.

⁶Bowie, 1981: 217.

⁷Giner, Introducción a *Vida de los sofistas*, 34-35. Filóstrato nos relata en su obra varias de estas embajadas. Un ejemplo de ella la tenemos en I, 21, 520.

⁸Aunque entre la selección de sofistas dada por Filóstrato también podemos encontrar algún *rara avis*, como Favorino, nacido en la Galia occidental, Eliano, romano o Aspasio, proveniente de Rávena. Cf. Filóstrato, *Vida de los sofistas*, I, 8, 489; II, 31, 624 y II, 33, 627.

⁹Aunque este último no aparece reseñado en la obra de Filóstrato.

¹⁰Gascó y Ramírez de Verger, Introducción a *Discursos*, I, 28-29.

¹¹Giner, Introducción a *Vidas de los sofistas*, 35.

¹²Sartre, 1994: 186.

por estos. En efecto, la Segunda Sofística no significó tan solo un renacer literario, un renacer del arte de la palabra, sino también de la vida política, eso sí, acorde con el nuevo marco político impuesto por Roma¹³, reinventando los marcos de actuación de la oratoria, una adaptación de los dotes de palabra de los sofistas a las actuaciones políticas que el Imperio romano permitía.

INESTABILIDAD POLÍTICA Y LUCHAS INTERNAS: PODER IMPERIAL COMO NUEVO GARANTE DE LA PAZ Y DE LA ESTABILIDAD

Pero mientras la situación económica ya se encontraba más o menos estabilizada en el s. II, no ocurría lo mismo con la situación política interna de las *poleis* griegas. La cuestión ya la hemos dejado brevemente apuntada con anterioridad: la existencia de conflictos entre las *poleis* del territorio griego, entendiendo este en su más amplia definición, es decir, incluyendo también a las ciudades de Asia Menor (de hecho fue en estas ciudades donde más generalizado fue el conflicto, especialmente en las ciudades de Bitinia, de Asia Proconsular y de Cilicia¹⁴) que por cuestiones lingüísticas y culturales se consideraban parte de la Hélade.

Aunque sería simplista afirmar que la existencia de estas disputas fue la única razón por la que una parte tan grande de la aristocracia acató de tan buen grado el orden imperial, sí debía de ser una cuestión que mucho inquietaba a la población, a tenor de la cantidad de veces que a ellas se nos refiere en las fuentes de la época. No obstante, hemos de tener en cuenta que únicamente conservamos la opinión de aquellos que se oponían a esta situación (especialmente significativo en Dion de Prusa, Plutarco y Elio Aristides), pero no de aquellos que estaban de acuerdo con ella, o que incluso podían llegar a defenderla, lo que limita el estudio de la cuestión¹⁵.

Pero, ¿por qué eran tan numerosas y conflictivas estas disputas? ¿Qué razón de existir se escondía tras ellas?

Hay quien ha visto en ellas la reorientación de las fuerzas políticas de la aristocracia, que, debido a la insuficiencia del marco político creado por Roma, necesitaban una nueva vía a través de la cual canalizar sus demostraciones de fuerza y de poder¹⁶. Sin embargo, la mayoría de estos conflictos existían desde mucho antes de los primeros contactos entre Roma y la población griega¹⁷. Muchos de ellos no eran, bajo dominación romana, sino los mismos que se habían seguido manteniendo siglo tras siglo, por ejemplo, los de tipo fronterizo, los cuales poseían más que un carácter económico, un carácter ritual¹⁸. Y esta ritualización de los conflictos no hace sino intensificarse bajo dominio romano¹⁹, ya que la resolución de las rivalidades se convirtió en algo puramente honorífico, sin recompensa material alguna²⁰.

¹³Gascó, *Para una*, 1996: 229-230.

¹⁴Gascó, 1990: 45.

¹⁵Gascó, 1990: 53.

¹⁶Sartre, 1994: 232.

¹⁷Ibid., 232.

¹⁸Ibid., 232.

¹⁹Gascó, 1990: 52.

²⁰Ibid., 80.

Otros autores coinciden en encontrar en las causas de estas disputas una reorientación de fuerzas, pero no políticas, sino agonales. Estos autores consideran al pueblo griego un pueblo cuya forma de expresión más característica sería el *agon*, la rivalidad, la confrontación de los laureles²¹.

Aunque sí es cierto que las luchas habían adquirido un nuevo papel dentro de la disposición creada por Roma; una nueva situación que imponía una nueva manera de relacionarse con el Imperio, centro y dispensador del nuevo orden. En un mundo jerarquizado, estos conflictos eran la manera que las ciudades tenían de disputarse su lugar en el Imperio, su posición de honor, de relevancia²².

En este nuevo orden de cosas, las ciudades también debieron buscar una nueva manera a través de la que solucionar sus conflictos, unos nuevos cauces a través de los cuales resolver sus diferencias. Durante la época imperial estas afrentas internas fueron canalizadas a través del propio Imperio, mediante la conquista de títulos o favores imperiales, convirtiéndose el Imperio romano en árbitro de estas disputas²³, que solo encontraron dos medios de resolución: o mediante la generosidad competitiva, donde un papel tan destacado jugaban los evergetas, o mediante las embajadas imperiales en busca de privilegios²⁴, los cuales solían estar en manos de sofistas, quienes, a su vez, también eran en muchas de las ocasiones los evergetas de las *poleis*.

Sin embargo, la forma más común que adoptaron las *poleis* para establecer la jerarquía ciudadana fue lo que denominaron *ta proteia*, es decir, la búsqueda del mayor número posible de títulos por parte de cada una de ellas²⁵.

Pese a que estas rivalidades no se zanjaban con la sangre y con la espada, las consecuencias de esta “lucha pacífica” no eran menores. Por ejemplo, cuando las hostilidades se dirimían a través de las acciones evergéticas, podían llevar a las *poleis* a la ruina pasajera, debido a la gran cantidad de dinero que se invertía²⁶, y teniendo, por lo tanto, la paz, la concordia y la prosperidad económica una relación más estrecha y mucho más compleja de lo que podría parecer²⁷. Aunque, pese a todo, esta era una consecuencia de menor calibre. El verdadero peligro se producía cuando el conflicto llegaba a tal magnitud que el Imperio tenía que intervenir, a lo que podía venir aparejado la privación de libertad o la abolición del estatuto cívica que la *polis* poseyera²⁸.

Por ello, varias medidas se tomaron al respecto, de las que hemos de destacar una, llevada a cabo por el Imperio: la creación de ligas que agruparan un territorio extenso y, por lo tanto, un número importante de ciudades, o en caso de que estas ya existieran previa-

²¹Ibid., 84.

²²Sartre, 1994: 210.

²³Gascó, *Casio Dion*, 1996: 137.

²⁴Bowie, 1981: 227.

²⁵Cortés Copete, Introducción a *A los rodios sobre la concordia*, 102-103.

²⁶Sartre, 1994: 208.

²⁷Urías Martínez, 2005: 611.

²⁸Sartre, 1994: 208.

mente, su reorganización o fusión²⁹. Era la manera que tenía el Imperio para obligar a las diferentes *poleis* a tener que entenderse entre sí³⁰. La función de estos organismos se limitaba a la regulación interna, a la transmisión de las instrucciones oficiales y a dar notoriedad al evergetismo imperial, así como dar las muestras de agradecimiento necesarias al Imperio³¹.

El más representativo ejemplo de este tipo de agrupamiento son los *koiná*, conjuntos de los representantes de una región, de un sector geográfico determinado o de una comunidad de ciudades que cumplían varias funciones dentro del orden administrativo del Imperio: servían como un último refugio de libertad para los griegos, donde podían deliberar cuestiones comunales³², permitiendo a Roma un certero control de la vida que ejercían sus provinciales sin tener que ejercer su dominio directamente sobre cada ciudad y eran un marco común que obligaba a las *poleis* a entenderse sin necesidad de recurrir al emperador³³.

Dado este nuevo orden de cosas, muchos autores encontraron un verdadero sinsentido el hecho de que se siguieran manteniendo esta serie de conflictos cuando gozaban de un orden supraciudadano. Y, por ello, el Imperio era alabado una y otra vez, y el emperador era revestido con la dignidad de dispensador de la concordia³⁴. La paz traída por los romanos no solo había creado un marco general en el que los pequeños conflictos locales habían perdido parte de su sentido, sino que también había desterrado el peligro de tener que tomar partido por uno u otro bando, lo que había sido tan común en la historia griega, especialmente durante los conflictos entre macedonios y romanos, con lo que ello había significado cuando el bando posicionado no resultaba victorioso³⁵. Incluso se creó un alegato concreto por parte de las élites, un discurso histórico que justificara la dominación romana dada la incapacidad, demostrada en reiteradas ocasiones en el pasado, de los griegos para gestionar su libertad³⁶.

Independientemente de los discursos creados en la época, lo cierto es que las rivalidades entre ciudades disminuyeron bajo el Imperio, llegando incluso algunas a desaparecer durante el s. II d.C., como las que se daban entre Larisa e Hipata o entre Coronea y sus ciudades vecinas³⁷. Para Roma, que había ideado una perfecta forma de gestión territorial con la delegación de facultades a los *koiná* y a las *poleis*, los conflictos internos eran un peligro que había que intentar erradicar de la mejor y más rápida manera posible, ya que Roma no se podía permitir ejercer el control directo de las ciudades orientales³⁸. El triunfo de la concordia era también el triunfo de Roma.

²⁹Ibid., 224.

³⁰Ibid., 224.

³¹Ibid., 224.

³²Ibid., 120.

³³Ibid., 120.

³⁴Urías Martínez, 2005: 597. Dicho título también podía aparecer asignado a un sofista, por el importante papel que estos también jugaban al respecto.

³⁵Gascó, *Modelos*, 1996i: 130.

³⁶García Moreno, 1996: 134; Gascó, *Modelos*, 1996: 314.

³⁷Sartre, 1994: 232.

³⁸Urías Martínez, 2005: 597-598.

REDEFINICIÓN DEL HELENISMO Y USO POLÍTICO DEL PASADO GRIEGO

Pero ahondemos un poco más en esta cuestión apuntada anteriormente acerca de la creación de discursos históricos. Para ello fue fundamental durante el siglo II el desarrollo de un nuevo concepto de helenismo que le fuera tan propicio a las élites griegas como al Imperio romano. Un helenismo muy poco novedoso, con una gran base en el legado cultural heredado especialmente de los siglos IV y V a.C., herencia que se fue manteniendo en gran medida gracias a hombres como los sofistas, que lo iban transmitiendo en sus escuelas generación tras generación³⁹.

No obstante, esta redefinición del helenismo no fue elaborada únicamente por los maestros oradores (aunque sí fueron los encargados de plasmarla por escrito), muchos de los cuales tenían ideas encontradas al respecto, sino que en ella tomaron parte la mayoría de los intelectuales de todo el imperio, grandes impulsores de este nuevo ideal griego junto a los emperadores, quienes tenían que decidir que clase de helenismo querían que fuera difundido por el *Mare Nostrum*.

Desde el inicio del Principado la discusión sobre el helenismo fue clave. Antonio había puesto sus ojos principalmente en Egipto, por lo que promulgaba una visión del helenismo “helenista”, es decir, heredero de la época helenística. Sin embargo, la victoria de Octavio en Accio truncó sus planes de futuro.

Pero a los emperadores posteriores a Augusto (o al menos aquellos que dedicaron parte de sus intereses a Grecia, entre los cuales Nerón juega uno de los más importantes papeles) no les pareció tan trascendente la época helenística como la Grecia clásica, que se convirtió durante muchas décadas en el referente del helenismo. Y este modelo, cosmopolita y abierto, sería el que se mantendría hasta la llegada de Adriano, quien, mediante la fundación del Panhelenion convertiría al helenismo más que en una cuestión de cultura, en una cuestión de sangre y de vinculación ancestral. Ya no bastaba únicamente con poseer la cultura de la época de Platón, había que demostrar también que la sangre propia, ya fuera de la familia o de la *polis*, podía vincularse con los siglos clásicos⁴⁰. Por ello, las peticiones de las ciudades para su admisión en el Panhelenion eran tan cuidadosamente examinadas⁴¹ y el pasado heleno desempeñó un rol de tanta importancia en este siglo.

Todo ello se reflejó en la Segunda Sofística y en como esta desarrolló su labor oratoria. Como movimiento arcaizante que fue, tuvo un aprecio singular tanto por el uso del pasado en sus declamaciones (para ilustrarlas o ejemplificarlas⁴², para indicar acciones que no se debían repetir⁴³ o para alentar a los contemporáneos a comportarse como los griegos de antaño⁴⁴) como por el uso del aticismo⁴⁵ (un intento de reproducción de la lengua hablada en la zona

³⁹Giner, Introducción a *Vida de los sofistas*, 53.

⁴⁰Cortés Copete, 2015: 11-22.

⁴¹Sartre, 1994: 223.

⁴²Gascó, *Elio Aristides*, 1996: 271.

⁴³Gascó, 1990: 64.

⁴⁴Ibid., 66.

⁴⁵Gascó, *El asalto*, 1996: 175.

ática durante el período clásico, que se convirtió, en cierta manera, en una “moda literaria”⁴⁶, contrapuesto al asianismo, el modo de oratoria que se había conocido en Asia Menor durante los siglos II y I a.C. y que se caracterizaba por ser mucho más exuberante que el aticismo⁴⁷).

Varias explicaciones se han dado para este rejuvenecer del pasado: la necesidad de compensar la insatisfacción política del presente reviviendo el esplendor pasado, una reacción de superioridad y exhibición cultural de Grecia ante los romanos; un modo de preservar la unidad cultural griega tras la incorporación a una estructura política como el Imperio...⁴⁸. Probablemente hemos de ver en un cúmulo de todas estas circunstancias la causa de la reacción que durante este siglo se produce, y que se vio incrementada por el énfasis clasicista de la *paideia* griega y de los gustos personales de individuos como ciertos emperadores griegos⁴⁹.

Sin duda a este respecto hemos de dar un lugar destacada al ya clásico trabajo de E. L. Bowie, “Los griegos y su pasado en la segunda sofística”, publicado en los años 80 y que se ha convertido en todo un referente a la hora de estudiar el uso como huida, evasión, que el pasado griego tenía en el s. II⁵⁰. Sin embargo, diferentes objeciones se han hecho a dicho artículo, matizando el punto de vista dado por el historiador inglés⁵¹, destacando especialmente de dicho trabajo el mostrar a los griegos como un pueblo despolitizado⁵², mientras que los testimonios que poseemos de la época muestran que esto no era de ninguna forma así, aunque los mecanismos de participación política sí habían cambiado con respecto al pasado⁵³.

Una de las formas de posicionamiento político por parte de los griegos más estudiadas por Bowie es la del uso del pasado con carácter antirromano, como forma de oposición a Roma. Está claro que esta posición debió de existir entre cierto sectores de la población griega (entre otros testimonios, tenemos el de Plutarco en sus *Consejos políticos*, que aconseja justamente lo contrario: que el pasado no se use como arma arrojadiza en contra del poder imperial⁵⁴) y seguramente muchos de los sentimientos contrarios a Roma tomaron el pasado, y entre este especialmente las guerras Médicas, como un motivo de expresión de dicho sentimiento⁵⁵, pero esto no quiere decir que en todas las ocasiones el recurso al pasado se usara con este fin.

Posiblemente, esta fuera una posición minoritaria y, sin duda, el uso mayoritario que se hizo del pasado desde Grecia fue, curiosamente, el mismo que se hizo desde Roma: se usó para legitimizar la nueva situación política, en este caso, la dominación romana. También las oligarquías locales griegas se apoyaron en su pasado para seguir manteniendo su poder, su

⁴⁶Gascó, *Elio Arístides*, 1996: 271.

⁴⁷Giner, Introducción a *Vida de los sofistas*, 50-51.

⁴⁸Giner, Introducción a *Vida de los sofistas*, 41.

⁴⁹Bowie, 1981: 186.

⁵⁰Bowie, 1981: 211: “Para un griego, el animal político por excelencia, el resultado de la política contemporánea era profundamente insatisfactorio”.

⁵¹Cortés Copete, 2005: 420.

⁵²Gascó, *Elio Arístides*, 1996: 262.

⁵³Gascó, *Retórica*, 1996: 133.

⁵⁴Plutarco, *Consejos políticos*, 814AC

⁵⁵Gascó, *Maratón*, 1996: 207.

poder local, ya que el supralocal hacía ya tiempo que lo habían cedido a Roma en un perfecto acuerdo entre las partes⁵⁶.

Y Roma no solo aceptó esta identificación de Grecia con su pasado sino que incluso la apoyó y la alentó⁵⁷. Roma también tomó este pasado griego como algo suyo, como un patrimonio común, como un arma política que había de ser explotada, especialmente en el campo político. El pasado griego se usó, por ejemplo, para intentar legitimizar una conexión histórica entre Roma y Grecia, lo que se hizo especialmente a través del mito de Troya y de figuras históricas como Alejandro Magno. Así, el mito de la guerra de Troya sirvió tanto para confrontar a ambos pueblos (a los romanos, como descendientes de los troyanos, enemigos de los aqueos, ascendentes de los griegos)⁵⁸, como sirvió de vehículo de diplomacia entre griegos y romanos⁵⁹ y de alusión a un pasado compartido por ambos pueblos (lo que tan interesante le resultaba a los romanos para su proyecto de *koiné*) pero sin renunciar a sus identidades diferenciadas⁶⁰. También el mito, especialmente tras la puesta por escrito de la tradición realizada por Virgilio, fue usado como elemento legitimizador del poder de Augusto como descendiente de Eneas⁶¹.

El Panhelenion inaugurado por Adriano también cumplía este papel de demostrar largas y fructíferas relaciones entre griegos y romanos⁶².

Con respecto a Alejandro Magno, se quiso ver en su figura a un precursor de la figura del *Princeps*, y en su proyecto político un antecedente directo del Imperio romano: la ecúmene unida políticamente bajo un único poder central y personal⁶³. También desde Grecia fue contrapuesto este (y sus victorias persas) a los generales romanos (y a sus derrotas contra los partos), saliendo, obviamente, los segundos mal parados⁶⁴.

En conclusión, el mismo pasado fue usado por ambos frentes como un medio para legitimizar sus intereses. Así, por ejemplo, en sus *Vidas Paralelas* dibuja Plutarco las biografías de algún célebre personaje griego y otro romano, mostrando los comportamientos similares de unos y otros, y, por tanto, la existencia de una cultura compartida⁶⁵. Es quizás el mejor ejemplo de como el pasado griego se convirtió en un marco común de comunicación entre las élites griegas y las romanas⁶⁶, quienes encontraron en él el mejor aliado para sus intereses.

IMPLANTACIÓN DE LA *PAIDEIA* EN ROMA

La *paidea* griega fue posiblemente la más importante influencia griega en Roma, o al

⁵⁶Cortés Copete, 2005: 422.

⁵⁷Swain, 2003: 71.

⁵⁸Desideri, 1998: 915.

⁵⁹Ibid., 916.

⁶⁰Petrochilos, 1974: 136-137.

⁶¹Ibid., 138.

⁶²Swain, 2003: 75.

⁶³Guzmán, 1996: 18.

⁶⁴García Moreno, 1996: 135.

⁶⁵Desideri, 1998: 933.

⁶⁶Swain, 2003: 67.

menos, una de las que más profundamente transformaron tanto a Roma como a Grecia, helenizando a la una y romanizando a la otra y creando importantes puentes culturales entre ambas.

Conocemos como *paideia* al sistema de enseñanza tradicional heleno, el cual tenía su base en el conocimiento de los autores clásicos, así como en el dominio de la retórica y de la elocuencia⁶⁷. Era, por lo tanto, una educación arcaizante y classicista, basada en el ideal educativo propugnado por Platón e Isócrates, dos modelos diferentes que habían llegado a convivir y a compartir espacio educativo, sin excluirse mutuamente⁶⁸. Educación que aunque había ido evolucionando a lo largo de los siglos, seguía manteniendo el conocimiento de lo “clásico” (las obras de Homero, de los poetas líricos, de los historiadores del s. V a.C. como Tucídides, de los grandes filósofos como Platón y Aristóteles o de los oradores del s. IV a.C. entre otros) como una de sus características más destacadas⁶⁹.

Era el mismo ideal educativo que había formado a las clases altas griegas desde los tiempos anteriores a Alejandro Magno, que se había mantenido en los reinos helénicos de influencia griega y que, tras la llegada de Roma, había sido no solo mantenida en Grecia sino también exportada a la capital de la ecúmene⁷⁰.

Obviamente en Roma, en las primeras décadas la reticencia a la aceptación de estas nuevas pautas educativas no se hizo esperar⁷¹. La adopción de la práctica gimnástica, por ejemplo, que parte tan importante era de la *paideia* griega, nunca pudo llegar a producirse en Roma. De igual manera, también otras diferencias surgieron entre la *paideia* griega y el modelo de esta asumido en Roma: la primera siempre estuvo mucho más regulada por el Estado que la segunda⁷², la educación romana siempre fue mucho más práctica (exclusivamente basada en la creación de discursos y en la retórica) que la griega (en la cual la filosofía, la música y la danza eran importantes componentes educativos)⁷³. Pero la *paideia* griega no fue únicamente adaptada a las necesidades del Imperio, sino que, una vez ‘renovada’, esta nueva versión, la *Humanitas*, fue difundida por Roma por todo el imperio, convirtiéndose en uno de los elementos fundamentales de su proyecto político⁷⁴.

Sin embargo, la importancia real de la *paideia* iba más allá: la *paideia* helena era sobre todo un símbolo, un símbolo más del civilizado, del no bárbaro, distinción que provenía ya de los tiempos de Isócrates⁷⁵. Y era también un símbolo de poder. A través de ella la clase dominante griega legitimizaba su poder sobre el resto de la población: ellos, como poseedores de la *paideia*, estaban más capacitados, eran los legítimos para la asunción del poder⁷⁶.

⁶⁷Giner, Introducción a *Vida de los sofistas*, 18-19.

⁶⁸Ibid., 19.

⁶⁹Cortés Copete, 2015: 10.

⁷⁰Giner, Introducción a *Vida de los sofistas*, 18-19.

⁷¹Petrochilos, 1974: 163-196.

⁷²Petrochilos, 1974: 172.

⁷³Ibid., 163-196.

⁷⁴Cortés Copete, 2015: 7-8.

⁷⁵García Moreno, 1996: 136-137; Desideri, 1998: 922.

⁷⁶Urías Martínez, 2005: 391.

De la misma manera, la *paideia* también podía convertir a los romanos en civilizados. Los griegos no hubieran aceptado nunca un poder bárbaro dominándolos, aunque no verían con tan malos ojos si estos eran civilizados como ellos⁷⁷. Dada la identificación entre *paideia* y oligarquía, entre hombre ilustrado y poderoso, Roma sabía que la aceptación de este tipo de enseñanza era fundamental para estrechar los lazos de intereses con las oligarquías griegas⁷⁸. Por todo ello, ya en época augustea fue contemplada como necesaria la difusión de la *paideia* helena si Roma quería ejercer un dominio universal⁷⁹.

Quizás Roma habría podido hacerse dueña del Mediterráneo sin aceptar la *paideia* griega. Quizás. Pero lo cierto es que la adopción de la *paideia* facilitó en gran manera el acuerdo entre Roma y las oligarquías griegas. A este respecto fue, sin lugar a dudas, la política no solo más sensata y la más económica, sino también la más rápida⁸⁰. Los emperadores Antoninos son solo una muestra de ello. Tanto Adriano, Antonio Pío como Marco Aurelio recibieron una perfecta educación griega, y mantuvieron vivo el legado cultural heleno, dotando a la Hélade de una segunda etapa de esplendor⁸¹.

Y no solo fue un elemento legitimador, sino también cohesionador. La *paideia* fue el primer paso dado a través del cual se pudo crear una cultura común para todo el Imperio, ya fuese en su versión latina o en su versión griega⁸². Cultura común que a continuación detallaremos.

ROMA COMO CENTRO DE LA CULTURA GRECORROMANA

La cuestión de la amenaza que para el *ethos* romano significaba la influencia griega y la aplastante cultura que a ellos iba asociada, únicamente planteaba dos posibles soluciones: o mantener ambas culturas de forma separada, o integrar los elementos griegos que para Roma fueran provechosos dentro de su cultura, afirmando dentro de esta simbiosis la superioridad moral de los elementos romanos⁸³.

Así, poco a poco, la cultura griega se fue haciendo parte de la romana. El romano de época imperial ya no podía ser comprendido sin apelar a su influencia helena. Hemos de tener en cuenta que desde la época helenística el poder, el elemento dominante, se había asociado a lo griego⁸⁴. Así, Roma hizo de la cultura griega y de la *paidea* su mejor elemento legitimador para alzarse como nueva dueña del Mediterráneo.

La cultura y la civilización se asociaban a Grecia, y por ello, para Roma poder borrar el componente bárbaro y dominador que se asociaba a ella por su propia historia, tuvo que

⁷⁷Cortés Copete, 2015: 5-6.

⁷⁸Ibid., 9-10.

⁷⁹García Moreno, 1996: 137.

⁸⁰Cortés Copete, 2015: 6-7.

⁸¹Giner, Introducción a *Vida de los sofistas*, 26.

⁸²Cortés Copete, 2015: 9.

⁸³Wallace-Hadrill, 1998: 947.

⁸⁴Urías Martínez, 2005: 627.

convertir parte de sí misma en helena⁸⁵, no simplemente asociándose a la cultura griega, sino convirtiéndose en centro de esta, en difusora y protectora. Fue común en la época el pensar que los griegos contemporáneos no eran sino una versión menor de los griegos de antaño, cuyo declive estaban en poder de parar los romanos⁸⁶. Era el deber de los romanos volver a elevar a la cultura griega a las mismas cotas de grandeza de las que había gozado en el pasado, pero ya no en Grecia, sino en Roma⁸⁷.

El culmen de este proceso se llevó a cabo durante el siglo II d.C. Un proceso que fue de redefinición del ser romano, en el cual, aunque transformado por los elementos griegos, este no se vio dañado, sino al contrario, fortalecido⁸⁸. Ahora, el romano ideal combinaba las tradicionales virtudes romanas con la cultura y el refinamiento griego⁸⁹.

Así, por todo el Mediterráneo se creó un lenguaje artístico y cultural común, la *koiné* mediterránea auspiciada por Roma y que tuvo sus bases en los modelos helenísticos: en el plano artístico, formas basadas en las proporciones, búsqueda de la perspectiva, ideal natural de belleza frente al ideal platónico, repertorio temático y iconográfico basado en la mitología griega⁹⁰; así como valores compartidos (especialmente los romanos de *pietas* y *uirtus*) en el plano moral y un modo de vida urbano⁹¹. En la parte oriental del imperio el elemento heleno ya constituía la referencia cultural común de los hombres educados, por lo que lo único que tuvo que hacer Roma fue exportar este patrón al resto del imperio, construyendo un modelo único para todos sus súbditos⁹².

LA IMPORTANCIA DE LA *POLIS*: PLUTARCO Y SUS *CONSEJOS POLÍTICOS*

Sin duda ninguna, la institución más representativa de la parte oriental del Imperio era la *polis*, la cual había conseguido sobrevivir como institución propia a los derroteros de la época helenística y a la llegada romana⁹³.

Como tal, dicha institución gozaba de unas características propias que la hacían diferenciarse de cualquier otro tipo de núcleo ciudadano mediante una serie de atributos que se fueron asociando a ella, haciendo la cultura helena de su rasgo más significativo el ser una cultura de ciudades⁹⁴, y el ser la ciudad la reserva de una cultura común y compartida⁹⁵. En primer lugar, la oposición civilizado/bárbaro, una constante de la época, encontró en la *polis* un nuevo lugar de referencia: la ciudad se convirtió en sí misma en un símbolo de civilización. Y, en segundo lugar, una serie de características propias: una lengua común, la griega; un sistema de valores y de enseñanza propio, la *paidea* y una cultura material com-

⁸⁵Socas, 1996: 152.

⁸⁶Spawforth, 2004: 120.

⁸⁷Petrochilos, 1974: 66.

⁸⁸Wallace-Hadrill, 1998: 941.

⁸⁹Petrochilos, 1974: 199-200.

⁹⁰Beltrán Fortes, 1996: 202.

⁹¹Wallace-Hadrill, 1998: 939.

⁹²Urías Martínez, 2005: 627-628.

⁹³Rostovtzeff, 1962, II: 448.

⁹⁴Ibid., I, 36.

⁹⁵Ibid., II, 105.

partida⁹⁶, “*la comunidad política, la comunión cultural y el urbanismo*”⁹⁷.

Pero si nos interesa la *polis* es especialmente por el sentido que poseía de verdadero cosmos del hombre ilustrado, de verdadera patria del griego. Desde los tiempos en lo que Aristóteles proclamaba su famosa sentencia de que el hombre es un animal político, y, por lo tanto, solo puede desarrollarse como tal dentro de un marco ciudadano, la *polis* había seguido manteniendo para los griegos su completo estatuto de entorno natural de desarrollo del individuo, y era en la ciudad donde el verdadero griego ilustrado, el aristócrata o el sofista había de demostrar su amor por la patria, su *philatropía*. El hombre, el hombre ciudadano debía volcarse en su *polis* en cada ocasión que fuera precisa. Después de todo, no hay en la Grecia del s. II más que dos horizontes políticos: la ciudad propia, de nacimiento o de adopción y el emperador, dado el poder de concesión de privilegios y títulos que este poseía⁹⁸.

Pero el hecho de que la *polis* siguiera gozando de una posición tan privilegiada en la concepción helena del mundo planteaba un problema de no sencilla resolución: ¿dónde se podía encontrar entonces el autogobierno, la capacidad de las propias *poleis* para decidir, para gestionar, al menos, algo de su futuro tras la llegada del Imperio romano?

El nuevo orden imperial había obligado a las oligarquías intelectuales de las *poleis* a replantearse su situación política. La antigua autonomía, que tan alabada y celebrada había sido en los siglos clásicos (y recordemos que estos seguían siendo el modelo del helenismo de la época) hacía siglos que se había perdido en la noche de la historia. En el presente, en el siglo II, se encontraban subyugados a un poder externo a sus fronteras, subyugados “*a los procuradores del emperador*”⁹⁹.

Esta pregunta se la debieron de formular muchos de los intelectuales de la época, pero el único que nos ha dejado una propuesta concreta por escrito, una solución práctica con la que enfrentarse a la nueva situación política fue Plutarco en la obra que conocemos como *Consejos políticos*.

Plutarco (ca. 40-120 d.C.) fue uno más de esos intelectuales que englobamos dentro del movimiento de la Segunda Sofística, y, aunque no escribió muchas obras de análisis político, sí nos dejó un pequeño tratado, datado probablemente en los primeros años del reinado de Trajano¹⁰⁰, en el que le expone a un joven aristócrata de Sardes, al para nosotros desconocido Menémaco, una serie de consejos de utilidad a la hora de ejercer algún puesto político en su *polis*¹⁰¹, todos orientados a concretar la forma de gobierno ciudadana teniendo presente al orden superior que el Imperio representa¹⁰².

La propuesta de Plutarco no solo es sencilla sino también coherente con los nuevos tiempos: no vale la pena seguir malgastando fuerzas en la oposición a Roma. Dadas las

⁹⁶Wallace-Hadrill, 1998: 939.

⁹⁷Cortés Copete, 2005: 425.

⁹⁸Gascó y Ramírez, Introducción a *Discursos*, I, 43-44.

⁹⁹Plutarco, *Consejos políticos*, 813E.

¹⁰⁰Desideri, 1986: 372.

¹⁰¹Gascó, Introducción a *Consejos políticos*.

¹⁰²Gascó, Introducción a *Consejos políticos*, 25.

circunstancias, ha de verse en los romanos a un aliado, y no a un enemigo. La *polis* puede seguir jugando un papel político dentro de la administración local¹⁰³, siempre que no se salga del marco de poder concedido por Roma. Para las cuestiones de más allá de la *polis* está Roma, para las cuestiones internas, la propia élite aristocracia de la ciudad. Dado el marco impuesto por Roma, el solo mantenimiento de la autonomía local se concebía como un gran triunfo¹⁰⁴, y, en realidad, el funcionamiento interno de la ciudad apenas se vio afectado¹⁰⁵. Lo cierto es que la *polis* siguió disfrutando de sus instituciones tradicionales, pudiendo legislar siempre que no se infringiesen las leyes imperiales¹⁰⁶, teniendo el modelo ofrecido por Plutarco un notable éxito en la época y siendo la forma de control político que se reprodujo durante el siglo II¹⁰⁷.

Pero la gran victoria de la *polis* no fue adaptar su actividad política al marco romano, sino el triunfo de esta como sistema.

Al contrario de lo había ocurrido en Occidente, Roma encontró en Oriente un mundo ya de ciudades, medio que los romanos también consideraban el natural para el desarrollo del hombre. Se encontraron con el civilizado frente al bárbaro¹⁰⁸.

Por ello, Roma no solamente aceptó el propio ordenamiento ciudadano de Oriente sin imponer sus modelos cívicos¹⁰⁹, sino que incluso impulsó el modelo griego en la zona oriental del imperio, algo que para los griegos resultaba natural¹¹⁰, dado el aprecio que le tenían a su modelo ciudadano y lo próximo identitariamente que se sentían con él. Aprecio romano por el modelo ciudadano que se veía fundamentado en gran parte en la transformación que este había sufrido a lo largo de los siglos. La *polis* a la que Roma daba su apoyo no era la institución de los tiempos de Pericles: era ya una institución oligárquica y aristocrática¹¹¹.

Nunca la ciudad griega vivió de nuevo un período de mayor gloria, un apogeo tan grande como durante el siglo II¹¹². Y con la *polis* no solo se extiende un modelo, sino también los valores comunitarios asociados a ella¹¹³. La *polis*, con el Imperio, en vez de languidecer, alcanzó sus más altas cotas de esplendor.

EPÍLOGO: UN NUEVO IDEAL DE DEMOCRACIA Y DE LIBERTAD

Todo el proceso de transformación política y cultural vivido tras la integración griega en el imperio que hemos descrito trajo varias consecuencias consigo, y una de las más

¹⁰³Sartre, 1994: 127.

¹⁰⁴Rostovtzeff, 1962, I: 109.

¹⁰⁵Desideri, 1993: 11.

¹⁰⁶Sartre, 1994: 218-219.

¹⁰⁷Gascó y Ramírez, Introducción a *Discursos*, I, 36-37.

¹⁰⁸Cortés Copete, 2005: 424.

¹⁰⁹Sartre, 1994: 127-132.

¹¹⁰Ibid., 127.

¹¹¹Gascó, 1990: 91; Cortés Copete, 2005: 428.

¹¹²Sartre, 1994: 127-129.

¹¹³Cortés Copete, 2005: 430.

importantes fue la evolución que sufrieron los conceptos de democracia y de libertad, que abandonaron el ideal clásico, y, consecuentemente, no hicieron más que reformar y legitimar la dominación romana en todo el Oriente.

La gran transformación que la *polis* sufrió durante la época imperial fue su oligarquización. Y esta no se produjo sino por el hecho de que el ideal democrático propugnado durante esta época tenía su base en la oligarquía. No solo se había convertido la ciudad en un elemento oligárquico, se había convertido también el propio ideal de democracia y de poder.

Lo cierto es que desde los tiempos de Plutarco la democracia había ido transformándose y concentrándose, paulatina pero imparablemente, cada vez más en las manos de un grupo más reducido de ciudadanos. Proceso que comenzó durante la época helenística y que se intensificó durante la dominación romana, para ya no encontrar durante el siglo III más que vestigios de las instituciones democráticas¹¹⁴.

Pero, pese a las evoluciones sufridas por el sistema democrático, los griegos nunca renunciaron a un término que tanto significado, no solo político, sino también cultural, tenía para ellos y lo fueron amoldando a las circunstancias presentes en cada periodo. Aunque la palabra *demokratía* perdiera toda su funcionalidad práctica, seguía conservando todo su peso teórico y cultural.

Ya durante los siglos III y II a.C., es decir, durante el periodo helenístico, la palabra *demokratía* comienza a estar cada vez menos relacionada con el “poder del pueblo” y más, simplemente, con el autogobierno interno de una república, independientemente de si esta estaba constituida de manera democrática u oligárquica¹¹⁵. Tras la llegada de Roma esta segunda acepción comenzó a ser cada vez más común, y ya en el s. I a.C. se había convertido en la principal, empleándose también para referirse al leve grado de autonomía que Roma concedía a las ciudades más dóciles.¹¹⁶

No obstante, los romanos nunca tomaron la palabra griega *demokratía* para denominar a lo que los griegos se referían con esa designación, sino que prefirieron expresiones latinas de diversa índole como *populus* o *liber populus*¹¹⁷. Pero resulta mucho más interesante el hecho de que incluso los propios griegos dejaron de utilizarla con el significado primigenio que esta tenía, prefiriendo para referirse al gobierno del pueblo otros términos como *ocholokatía* (‘gobierno de la muchedumbre’), y siendo cada vez más común encontrarse la palabra democracia vinculada a la segunda acepción que hemos referido, o incluso para aludir a la constitución de la república romana, oponiéndose así la democracia de la república a la monarquía de la era imperial¹¹⁸.

Sin embargo, otros autores sí aplicaron el término democracia al Principado, por

¹¹⁴De Ste. Croix, 1988: 353.

¹¹⁵Ibid., 377.

¹¹⁶Ibid., 377-378.

¹¹⁷Ibid., 378.

¹¹⁸Ibid., 378.

ejemplo, Elio Arístides en su discurso *A Roma*, en el que declara ser el Imperio romano la democracia ideal¹¹⁹.

Esta es, a fin de cuentas, la nueva definición que toma la democracia durante el Imperio romano: no ya el gobierno de todos, sino de aquellos que más capacitados están para ello. Como diría Filóstrato, la democracia para los hombres del siglo II no es sino “*el gobierno de un solo hombre que mire siempre por el bien común*”¹²⁰. Así, también afirmarí Casio Dión que la “verdadera democracia” y la “segura libertad” se daban en una monarquía en la que cada cual ocupaba el puesto y las funciones que le correspondían por rango¹²¹.

También se desarrolló el concepto de la “democracia del buen emperador”, del gobierno hereditario al mejor de los hombres, aquella que los griegos habían visto en los Antoninos¹²².

Con este nuevo ideal de democracia también surge una idea renovada de libertad. Mientras en el pasado la libertad había sido contemplada como el completo autogobierno, bajo el Imperio romano, la libertad pasa a residir más en los detalles, en las concesiones, que en la verdadera autonomía. Por ejemplo, los griegos encuentran una manifestación de libertad en la ausencia de impuestos regulares que pagar al Imperio¹²³ o en el margen de decisión que les permite el *koinón*¹²⁴.

Esto pudo ocurrir así debido al proceso paulatino de cambio de significado que fue sufriendo la palabra libertad, *eleuthería*, desde la época clásica hasta el período de dominación romana. La palabra libertad ya era muy usada durante el período helenístico por los reyes como sinónimo de ‘autonomía’. Y uno es autónomo con respecto al margen de libertad que le da un poder superior, es decir, la autonomía no significa la plena libertad de decisiones, sino que dentro de un sistema de dominación, el dominador concede cierto margen de auto-decisión¹²⁵. De igual manera que las *poleis* de época clásica se consideraban autónomas sin que esto fuera incompatible con la rendición de tributos a Atenas.

Posteriormente el Imperio romano toma de los reyes helenísticos esta definición de libertad¹²⁶. Para ellos, la libertad de sus dominados no significaba sino un *status* privilegiado que se le podía conceder a tal o cual ciudad y según el cual estas se veían libres de la autoridad de los gobernadores provinciales¹²⁷. Es decir, la libertad era un privilegio otorgado por el poder dominador, no una propiedad de los dominados.

¹¹⁹Cf. Elio Aristides, XXVI, 37-38, 60, 90-91.

¹²⁰Filóstrato, *Vida de Apolonio de Tiana*, 35 en De Ste. Croix, 1988: 378-379.

¹²¹Gascó, *Buenos*, 1996b: 157.

¹²²Plácido Suárez, 2011: 228.

¹²³Sartre, 1994: 141.

¹²⁴*Ibid.*, 120.

¹²⁵De Ste. Croix, 1988: 355-356.

¹²⁶*Ibid.*, 356.

¹²⁷*Ibid.*, 356.

CONCLUSIÓN

A lo largo de la exposición ya hemos señalado en varias ocasiones como una gran parte de la aristocracia griega se había acogido al nuevo orden romano incluso con gratitud. Los textos que nos han legado Dion de Prusa, Plutarco y Elio Aristides son probablemente el mejor testimonio del nuevo orden de cosas, de esta nueva etapa de colaboración con Roma¹²⁸. Colaboración que, como también hemos visto, no había surgido de la nada, sino que se sostenía de acuerdo a los intereses de las clases privilegiadas que habían surgido durante la época imperial, especialmente en el siglo II bajo el manto protector de los Antoninos.

Aunque no tenemos información de las clases bajas, al respecto de la oligarquía parece lo más probable que esta no tuvo reparo ya no simplemente en acoger sin oposición, o incluso con agrado, a los gobernadores romanos¹²⁹, sino incluso en desear que las relaciones con Roma no solo fueran pacíficas sino también fructíferas. Y lo cierto es que los frutos de este trato podía resultar muy beneficiosos para ambos¹³⁰.

Para los griegos, dado que el poder de su aristocracia descansaba completamente en el reconocimiento de dicha autoridad por parte del Imperio¹³¹, una buena camaradería con Roma significaba la posibilidad de acceder a ciertos cargos políticos de importancia más allá de la *polis*, dentro de la administración romana¹³², o, en muchas ocasiones, en simplemente el reconocimiento de la ciudadanía romana¹³³. Pero aunque buena parte de estos hombres aceptaron sin recatos la superioridad de Roma en los asuntos prácticos, no renunciaron a reconocerse culturalmente griegos¹³⁴.

Por su parte, a Roma tener el apoyo de estas oligarquías le daba un respaldo político de vital importancia, ya que le evitaba tener que perder fuerzas en apaciguar a los enemigos internos que le pudieran surgir. Las *poleis* y los *koiná*, tal como administrativamente estaban diseñados, actuaban de mediadores y canalizadores. Así, para Roma, dejar sus dominios griegos bajo el control de su aristocracia no era más que instaurar un gobierno delegado¹³⁵. Roma tenía la seguridad de tener estos territorios vigilados de cualquier revuelta que pudiera surgir y le aseguraba a la aristocracia griega la supervivencia de su poder y de sus privilegios dentro de sus ciudades¹³⁶.

Así, el mutuo reconocimiento (por parte de Grecia de la superioridad práctica de Roma y de los romanos de la deuda cultural con la Hélade) fue uno de los factores que propiciaron esta comunicación entre las partes. Pero no fue el único. Otros, como los actos evergéticos, la asociación del pasado griego con el nuevo orden imperial¹³⁷ o el desarrollo del

¹²⁸Rostovtzeff, 1962, II: 244.

¹²⁹Gascó, *Modelos*, 1996: 311-312.

¹³⁰Swain, 2003: 72.

¹³¹Sartre, 1994: 184.

¹³²Giner, Introducción a *Vida de los sofistas*, 36.

¹³³Sartre, 1994: 184.

¹³⁴Gascó, *La teoría*, 1996: 25.

¹³⁵Gascó, *Aristócratas*, 1996: 173.

¹³⁶Ibid., 171.

¹³⁷Gascó, *Aristócratas*, 1996: 191.

culto imperial¹³⁸ también ayudaron a aproximar al Imperio y a las *poleis*¹³⁹.

Una conclusión es clara: ni la helenización ni la romanización fueron procesos separados e independientes uno de otro, ni los límites entre poder romano y cultura griega son tan diáfanos como en ocasiones se han presentado. Mientras Grecia se vio afectada por la dominación de Roma, lo mismo le ocurrió a Roma con la influencia griega¹⁴⁰, encontrándonos ante un “*proceso dialéctico del que no sólo salían transformados los súbditos, sino también los dominadores*”¹⁴¹ y mientras el poder romano fue modificado por la influencia griega en aspectos como la aceptación del modelo urbano de la *polis*, la construcción del discurso de legitimización política y de un imperio global apelando a Alejandro Magno, a los orígenes helenos, o al papel de la *paideia* o en la creación de órganos específicos de poder en el Oriente tales como los *koiná*; así también la cultura griega se vio alterada por Roma. Lo hizo, por ejemplo, en la creación de un nuevo modelo de helenismo, en el reforzamiento del aticismo o en la erección de un nuevo ideal de democracia y de libertad.

Este proceso se realizó especialmente a través de los intelectuales y políticos tanto griegos como romanos que se prestaron a la mutua colaboración e hicieron efectiva la recíproca influencia en sus respectivas ciudades, así como a través de la creación de discursos favorecedores al Imperio, proporcionándole a Grecia paz, seguridad y el mantenimiento de las élites ciudadanas en sus puestos de poder, y facilitándole a Roma la legitimización imperial y la creación de un discurso unificador, así como el seguro control de una zona que de otra manera podría haber ocasionado graves disturbios en el Imperio.

El resultado final de todo este proceso fue la plena integración de los griegos en el Imperio, que llegaron incluso a identificarse a sí mismos como romanos. Así, incluso diecisiete siglos después, los griegos seguirían apelando a los romanos para la construcción de un nuevo helenismo, de una nueva idea de sí mismos a través de términos como el de *romiosyne*. Pero esa es otra historia y debe ser contada en otra ocasión.

BIBLIOGRAFÍA

BELTRÁN FORTES, J. “La incorporación de los modelos griegos por las élites romanas: una aproximación arqueológica”, *Graecia capta: de la conquista de Grecia a la helenización de Roma*, Huelva, 1996, 201-232.

BOWIE, E. L. “Los griegos y su pasado en la segunda sofística”, *Estudios sobre historia antigua*, Madrid, 1981, 185-231.

CORTES COPETE, J. M. “*Polis* romana. Hacia un nuevo modelo para los griegos del Imperio”, *Studia Historica. Historia Antigua*, n^o 23, 2005, 413-437.

CORTES COPETE, J. M. “*Paideia* y política en el Oriente romano: la alianza oligárquica”,

¹³⁸Gascó, Introducción a *Consejos políticos*, 20-21.

¹³⁹Gascó, *Aristócratas*, 1996: 181.

¹⁴⁰Cortés Copete, 2005; Cortés Copete, 2015.

¹⁴¹Cortés Copete, 2005: 416.

Intelectuales Griegos y Poder Romano (Anuario de la Escuela de Historia), Córdoba, 2015.

DESIDERI, P. “La vita politica cittadina nell’impero: lettura dei *Praecepta gerendae rei publicae* e dell’*An seni res publica gerenda sit*”, *Athenaeum*, nº 74, 1986, 371-381.

DESIDERI, P. “La letteratura politica delle élites provinciali”, *Lo spazio letterario della Grecia antica*, vol. I, tomo III, Roma, 1993, 11-33.

DESIDERI, P. “L’impero bilingue e il parallelismo Greci/Romani”, *I Greci. Storia, Cultura, Arte, Società*, vol. 2. III, Turín, 1998, 909-938.

DE STE. CROIX G.E.M.: *La lucha de clases en el mundo griego antiguo*, Barcelona, 1988.

ELIO ARISTIDES: *Discursos*, vol. I, Madrid, 1987.

ELIO ARISTIDES: *Discursos*, vol. IV, Madrid, 1997.

FILÓSTRATO: *Vidas de los sofistas*, Madrid, 1982.

GASCÓ, F.: “Aristócratas, evérgetas y colaboradores del Imperio”, *Graecia capta: de la conquista de Grecia a la helenización de Roma*, Huelva, 1996, 171-191.

---. “Buenos y malos emperadores en Casio Dión”, *Opuscula selecta*, Sevilla, 1996, 149-166.

---. “Casio Dión y la rivalidad de las ciudades griegas”, *Opuscula selecta*, Sevilla, 1996, 137-148.

---. *Ciudades griegas en conflicto (s. I-III d.C.)*, Madrid, 1990.

---. “El asalto a la razón durante el s. II d.C.”, *Opuscula selecta*, Sevilla, 1996, 175-193.

---. “Elio Aristides: historias griegas para tiempos romanos”, *Opuscula selecta*, Sevilla, 1996, 257-271.

---. “Maratón, Eurimedonte y Platea: un comentario a Plutarco, *Praecepta gerendae reipublicae* 814AC”, *Opuscula selecta*, Sevilla, 1996, 203-208.

---. “Modelos del pasado entre los griegos del s. II d.C.: el ejemplo de Atenas”, *Opuscula selecta*, Sevilla, 1996, 307-317.

---. “La teoría de los cuatro imperios. Reiteración y adaptación ideológica. I. Romanos y griegos”, *Opuscula selecta*, Sevilla, 1996, 13-26.

---. “Para una interpretación histórica de las declamaciones en tiempos de la segunda sofística”, *Opuscula selecta*, Sevilla, 1996, 227-236.

---. “Retórica y realidad en la Segunda Sofística”, *Opuscula selecta*, Sevilla, 1996, 131-136.

GARCÍA MORENO, L. A., “Roma y los protagonistas de la dominación romana en Grecia en las Vidas Paralelas de Plutarco”, *Graecia capta: de la conquista de Grecia a la helenización de Roma*, Huelva, 1996, 129-147.

GÓMEZ ESPELOSÍN, F. J.: *Historia de Grecia en la Antigüedad*, Madrid, 2011.

GUZMÁN, A. “Alejandro y Roma”, *Graecia capta: de la conquista de Grecia a la helenización de Roma*, Huelva, 1996, 11-27.

PETROCHILOS, N. K.: *Roman attitudes to the Greeks*, Atenas, 1974.

PLÁCIDO SUÁREZ, D. “La construcción de la imagen del Imperio desde Grecia: la *Historia Romana* de Dion Casio”, *Studia Historica. Historia Antigua*, nº 29, 2011, 223-233.

PLUTARCO: *Consejos políticos*, Madrid, 1991.

ROSTOVTZEFF, M.: *Historia social y económica del imperio romano*, vol. I, 1962, Madrid.

---. *Historia social y económica del imperio romano*, vol. II, 1962, Madrid.

SARTRE, M.: *El Oriente romano: provincias y sociedades provinciales del Mediterráneo oriental, de Augusto a los Severos (31 a. C.-235 d. C.)*, Madrid, 1994.

SOCAS, F. “*Graeculus esuriens*: la actitud de Juvenal ante los griegos”, *Graecia capta: de la conquista de Grecia a la helenización de Roma*, Huelva, 1996, 149-170.

SPAWFORTH A. J. S. “Adriano y el pasado griego”, *Adriano Augusto*, Sevilla, 2004, 113-123.

SWAIN, S.: *Hellenism and Empire: language, classicism, and power in the greek world AD 50-250*, Oxford, 2003.

URÍAS MARTÍNEZ, R. “El Sofista y la ciudad: educación y poder en el Mediterráneo oriental durante el Alto Imperio romano”, tomo II. Tesis, Universidad Pablo de Olavide, 2005.

WALLACE- HADRILL, A. “Vivere alla greca per essere Romani”, *I Greci. Storia, Cultura, Arte, Società*, vol. 2. III, Turín, 1998, 939-963.